

LA MADRE DE FAMILIA.

AYUNTAMIENTO MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE
E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
fuerdes á propósi-
to para la instrucción
religiosa la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 8, 14 y 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas,
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
pueblo de su resi-
dencia y provincia á que
pertenece.

8 de Abril de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 45.

SUMARIO.

Lea ó la cruz triunfante, por D.^a Matilde Bourdon.—
Los enemigos de la Virgen, por Luis Beuillot.—Hu-
milde infancia del Papa S. Pío V.—Sección doctri-
nal, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

—De Inés, de la felicísima esposa de Cristo,
cuyo sepulcro vais á ver. ¿No la libró el Señor
Dios de los lazos de este mundo, de la maligni-
dad de los jueces, del horror de los suplicios,
dándole una doble corona? Ahora goza, como lo
ha revelado á sus parientes, de una celeste vi-

sion, inseparablemente unida á ¡Aquel á quien
consagró todo su amor...

—¡Grande es, pues, la gloria de los Mártires!
dijo LEA. ¡Feliz, sin duda, feliz el que ha sellado
con su sangre una causa justa!

No dijo mas, habian llegado á lo último de la
escalera, y se encontraban á la entrada de una
oscura galeria abierta en tierra y alumbrada so-
lo por la débil y rojiza claridad de algunas lám-
paras que pendían de la bóveda. LEA no ignora-
ba que por ambos lados de la galeria las paredes
contenían los cuerpos de los cristianos, simples
fieles ó gloriosos mártires, que sus hermanos ha-
bian depositado en aquellos retiros subterráneos
en donde reinaban inalterables el silencio y la
paz. El aspecto de aquella ciudad de los muertos,
de aquel lugar de reposo, según expresión cris-
tiana, en que tantas criaturas dormían su pos-

trer sueño en los huecos de aquellas paredes; aquella ausencia de todo rumor, aquellas tinieblas religiosas, el recuerdo de los combates y los tormentos que habían sufrido los que allí reposaban, las inscripciones de los sepulcros que se vislumbraban al resplandor de las antorchas sepulcrales, todo sobrecogía de tristeza y de temor el corazón de LEA. ¡Qué contraste formaba lo que veían sus ojos con los sepulcros paganos con su lujo de mármoles y de bronce, bajo el sol riente en medio de la campiña, á orillas de los caminos poblados de viajeros! Y no obstante, á medida que avanzaba y que miraba con mayor atención pasmábase viendo tantas y tan amables y dulces imágenes mezcladas con el terror que infundían aquellas grutas, morada de la muerte! Las inscripciones de los sepulcros, cortas y algunas veces incompletas, grabadas con precipitación sobre una teja ó un pedazo de mármol, hablaban únicamente de esperanza y de reposo.

«¡Vive en paz!» decían los vivos al que no existía. «Alma pacífica, alma querida, alma inocente, fiel servidor de Dios,» así se expresaba el recuerdo que los muertos dejaban á los que les sobrevivían. Algunas pinturas adornaban las bóvedas y algunas partes especiales de las paredes; nada más gracioso que aquellas imágenes trazadas por un arte nuevo, cuyas inspiraciones procedían del alma y del cielo. Un pintor, tal vez mártir, había representado el Redentor con rayos llenos de nobleza y de grandeza; mas allá veíase el Jordán á la sombra de las palmeras, y Cristo inclinando su divina cabeza bajo la mano del Precursor; en el muro opuesto percibíase orando una figura de mujer que parecía animada. El cincel del escultor había tallado en los sepulcros graciosos emblemas: no se notaba allí la guadaña de los tiempos antiguos, ó la sembrada bandada de aves nocturnas, ni el reloj de arena ni la antorcha caída, triste imagen de la fragilidad de la existencia; sino palomas remontando el vuelo, corderos descansando, ciervos bebiendo en una fuente, peces misteriosos... El sepulcro de la virgen Inés, hacia el cual se adelantaban las dos amigas, en nada se distinguía de los demás, á excepcion de algunas guirnaldas de flores con que lo habían adornado manos agradecidas.

Arrodillóse Constancia y apoyó su frente en la lápida que cubría los restos de la feliz mártir. LEA no turbó su oración, y con una antorcha en la mano, seguida de un anciano que guardaba el cementerio, alejóse, interrogando los sepulcros, leyendo atentamente los breves epitafios, exa-

minando las señales y los emblemas que los adornaban. Así llegó hasta un lugar en que la galería se ensanchaba y ofrecía un espacio formado, al parecer, para reunir una numerosa asamblea. Varias pinturas cubrían las paredes, y en el fondo, debajo de una arcada, elevábase un altar.

—Aquí, dijo el guía, los sacerdotes celebraban los santos Misterios en tiempo de persecución... En este sitio se sentaba el ministro de Dios para recibir la confesión de los penitentes... En aquel ángulo hay el vaso que contenía el agua santa; la pila bautismal está en otra parte... ¿la habéis visto?

—No respondió LEA brevemente.

Encaminóse á otra galería que se hundía en las tinieblas, y levantando la antorcha, continuó leyendo diversas inscripciones, cuya penetrante suavidad tenía para ella un encanto que no podía resistir. Avanzaba leyendo en voz baja aquellos nombres desconocidos en los anales de Roma, y aquellas piadosas exclamaciones extrañas al paganismo. LEA poseía de la doctrina cristiana los suficientes conocimientos para comprender el sentido de aquel lenguaje y aun la significación de las imágenes y de los emblemas que tenía á la vista; pero lo que hasta entonces, aun en boca de Crispo, le había parecido un dogma filosófico sin prueba y sin realidad, tomaba de improviso, en presencia de aquellos sepulcros elocuentes, una vida y una fuerza casi irresistibles. ¿Podía dudar de la existencia del Dios por el cual los Mártires habían sostenido tan duros combates? del amor de Cristo, al cual habían correspondido con tan generoso amor no era una esperanza llena de inmortalidad cuya promesa resplandecía sobre aquellos fríos sepulcros? ¿Era una mera ficción este Evangelio en cuyo nombre por espacio de trescientos años habían tantos derramado su sangre? Perdida en tales pensamientos caminaba siempre con la antorcha alta, cuando se detuvo delante de un sepulcro mayor que los demás, situado bajo un arco excavado en la pared, y en el cual se leía en letras muy visibles esta inscripción:

VALERIUS-AULUS,
FIEL SERVIDOR DE CRISTO,
DEPOSITADO EN PAZ.

JUNIA-LUCINA-VALERIA
Á SU MUY AMADO ESPOSO
ELEVÓ ESTE SEPULCRO:
DEPOSITADA EN PAZ.

Dos palmas rodeaban este epitafio.

Dos veces lo leyó la joven, como si no pudiese dar crédito á sus ojos; y trémula y con voz ahogada por las lágrimas, exclamó:

—¡Mi padre!... ¡mi madre!... ¡cristianos!... ¡mártires!

Acercóse el sepulturero, y ella le señaló con el dedo aquel sepulcro.

—¿Recordais? preguntóle; ¿les habeis conocido?...

El anciano reflexionó algunos momentos, y dijo:

—Sí; presencié los funerales de este bienaventurado mártir, que fué conducido aquí por nuestros hermanos, y sepultado con grande honor. Era ciudadano romano, de una antigua y noble familia, y murió decapitado. Ved aquí la redoma que contiene la sangre suya.

LEA estampó en ella sus labios.

—¿Y su esposa? preguntó con voz trémula.

—Me parece que la trajeron aquí dos ó tres años despues... Tuvo que sufrir el tormento del fuego, y despues la precipitaron al Tíber, atada á una de esas enormes piedras que los jueces empleaban para atormentar los santos Martires. De ella no se conserva redoma de sangre...

LEA le escuchaba estremecida.

—¡Anciano! exclamó, yo te recompensaré! en adelante no vivirás en estos tenebrosos lugares... serás feliz... gozarás de la luz del día...

—Carísima hermana, repuso el sepulturero con sencillez, dejadme aquí junto á estos bienaventurados mártires, y dad á los pobres lo que destinais para mí.

Esta imprevista revelacion, vez potente salida del sepulcro, habia conmovido profundamente el espíritu de LEA; muchos misterios del pasado se le aclararon en un momento; ahora comprendia por qué el viejo Romano, su abuelo, aborrecia al Cristianismo, y por qué se habia ocultado siempre á sus ojos la suerte de sus parientes: ¡cuantas veces habia ella deseado que le hablasen de aquel cariñoso padre, de aquella tierna madre, cuya memoria no conservaba, y á quienes ahora en presencia de aquella tumba aprende á conocer, á admirar, á glorificar! El espíritu de los cristianos habia obrado sobre ella; sabía la grandeza que encerraba dar la vida por su fe; y su corazón entusiasta estremecíase de noble orgullo al considerarse hija de héroes, hija de mártires!

Reclinose sobre el sepulcro, estrechólo con sus brazos; besó repetidas veces la inscripcion, las palmas y la redoma de sangre; y tomando de nuevo su antorcha, corrió al lado de Constancia

que se mantenía en oracion; echóle los brazos al cuello, y exclamó derramando lágrimas:

—¡Amiga! mi buena amiga! ¡soy cristiana! ¡El Bautismo! quiero el Bautismo!

—¡Oh! hermana mia! exclamó la princesa, ¡cuantas acciones de gracias debemos á Dios! ¿Se os ha aparecido tal vez como á María Magdalena? ¿Os habeis visto á su divina Madre? ¿os ha mostrado el camino la gloriosa Inés?

—No, respondió LEA; pero soy la hija de dos mártires; estos sepulcros me han revelado la verdad, y quiero estar unida en la misma fé con mi padre y con mi madre! ¡Venid, y veréis!

XIII.

EL NOTARIO APOSTÓLICO.

Dos dias despues LEA, con la cabeza modestamente cubierta, acompañaba á la santa emperatriz Elena á la humilde morada del Papa Silvestre, cerca del monte Vaticano. Eran esperadas, y los domésticos las guiaron á una sala en donde el Pontífice, rodeado de sus clérigos, leía y comentaba la santa Escritura. Una puerta abierta dejaba ver un oratorio en donde el Santo Padre estudiaba, escribía, meditaba en presencia de su divino Maestro. Si LEA hubiese osado levantar los ojos, no hubiera visto á su alrededor en el palacio del Sumo Pontífice de los cristianos mas que la noble sencillez evangélica. Algunos mosaicos representaban á Pedro y sus sucesores, siervos de los siervos de Dios, vicarios de Jesucristo en la tierra que habian pagado casi todos al divino Maestro el tributo de su fidelidad, sellado con su sangre: el Pescador de Tiberiades, crucificado como su celestial Amigo; Lino y Cleto, decapitados; Clemente, sumergido en las aguas del mar Caspio; Alejandro y Telesforo, cuyo zelo y fatigas coronó el martirio; Víctor africano y Calixto romano; Cornelio, muerto bajo Decio; Marcelino, Marcelo, á quienes obligaron los paganos á guardar las bestias del anfiteatro; Melquíades, predecesor de Silvestre, que no derramó su sangre, pero que sufrió mucho, antes de entrar en el descanso del Señor. Treinta y tres Pontífices se habian sucedido en el espacio de tres siglos, ¡tantas eran las cabezas sagradas que habia segado la cuchilla de la persecucion! El Salomón que sucedía á esos gloriosos Davides habia tenido tambien su parte de fatigas y de tribulaciones; é investido con el soberano poder sobre las almas, y rodeado de honores, reinaba con humildad, feliz viendo en paz á la

Iglesia de Cristo, pero preparado para nuevos combates, y para pasar del trono pontificio á la cárcel Mamertina.

Al ver á la Emperatriz y á su compañera, dejó el sagrado libro sobre un pupitre de madera de cedro, y dió su bendición á las dos mujeres, que se arrodillaron á su presencia. Elena tomó la mano de LEA, y dijo al Papa Silvestre:

—Beatísimo Padre, os presento una nueva oveja para el rebaño confiado á vuestra guarda. LEA VALERIA desea recibir el santo Bautismo.

—¡Dios sea con ella!

—Santísimo Padre, dijo LEA conmovida, he tenido ocasion de saber que mi padre, Valerio-Aulo, y mi madre, Junia-Lucina-Valeria, dieron su vida por la fe de Cristo. ¿Podría dárseme alguna aclaracion sobre el particular?

El Pontífice le hizo señal para que se levantara, y despues de reflexionar, respondió:

—El número de los Mártires bajo los últimos Emperadores fué tan grande, que no he podido guardar la memoria de sus nombres benditos; sin embargo, en todo tiempo desde san Pedro, ha sido costumbre en la Iglesia de Dios conservar por escrito los hechos de sus gloriosos combates; y aunque el emperador Diocleciano mandó entregar á las llamas muchos de esos preciosos documentos, quedan todavía bastantes... Ved, hermano mio (dijo dirigiendose á uno de sus familiares) ved si en vuestros anales encontraréis algun recuerdo de los padres de esta jóven.

El anciano presbítero tomó y hojeó largo rato un volumen que contenia las actas de los Mártires, trazadas con frecuencia al pié del patíbulo, á corta distancia de la hoguera, por los llamados notarios apostólicos, que con peligro de su vida iban á recoger la postrera palabra, la última gota de sangre de sus hermanos. Mientras iba recorriendo ligeramente aquellas páginas, leía á veces en alta voz:

—Aquí se encuentran, decia, los anales de la persecucion de Diocleciano y Maximiano, el año 303 de Jesucristo... El edicto manda que sean arrasadas las iglesias de los cristianos, quemados los libros de nuestra santa fe, los nobles cristianos marcados con la nota de infamia, y los plebeyos reducidos á esclavitud... Un nuevo edicto fulmina sentencia de muerte contra todos los fieles.... Doroteo, oficial de cámara del Emperador, es llevado á morir al mismo tiempo que Gorgonio... Antimo, obispo de Nicomedia, es decapitado... La ciudad de Tiro y la Palestina ofrecen al cielo generosos holocausto... Actas de los Mártires de la Tebaida, que sufrieron tan horribles tormentos... Carta del obispo de Fileas á

su pueblo, refiriendo la confesion de nuestros hermanos de Alejandria... Historia del martirio de cinco mujeres de Tesalónica, almas intrépidas en tan débiles cuerpos... ¡Ah! aquí están las actas de los notarios romanos... son mas breves, al par que mas numerosas...

Y continua recorriendo rápidamente aquellas gloriosas páginas, que á menudo no contenian mas que un nombre, una fecha, una indicacion, que atestiguaban los temores y la dolorosa premura que comprimian la pluma del escritor.

—El interrogatorio de la vírgen Cristina... el del glorioso Luciano, presbítero... el de Arnobio, nuestro apologista... el del cómico Ginéz... Al fin, aquí va una nota que satisfará los deseos de esta noble jóven:

«Valerio-Aulo, de raza consular, preso entre cadenas por la fe, compareció ante Plantiano, prefecto del pretorio. En el interrogatorio confesó á Cristo con noble firmeza, y fue decapitado el 8 de las calendas de setiembre.

«Depositado en la cripta de la via Nomentana.

«Su consorte, Junia, de antigua y noble familia, negóse á entregar las santas Escrituras, por lo cual fué encarcelada, puesta en tortura, y arrojada al Tíber.

«Depositada en la cripta de la via Nomentana.

«Estos dos santos Mártires han dejado en su enlace una hija, que está en manos de su abuelo todavía pagano...»

—¡Esta hija implora la gracia del Bautismo! repitió LEA postrándose á los piés de Silvestre.

—Se cumplirán vuestros deseos, hija mia; la noble Elena cuidará de haceros instruir, y pronto entraréis en el rebaño que Dios ha confiado á nuestra custodia. Hacedos digna de vuestros padres, y en estos dias de paz en que entramos, transfórmese en vuestro corazon el valor que mostraron en caridad para con vuestros hermanos. Portaos como digna hija de estos santos Mártires que ruegan por vos y que os aguardan: no olvideis que sois hija de Santos, y que para juntaros con ellos debeis imitarlos...

—Santísimo Padre, dijo la Emperatriz, espero que esta jóven y mi nieto Crispo recibirán el santo Bautismo en la capilla del palacio que el Emperador quiere dedicar al Salvador, y donde serán honrados los dos santos Juan. Un dia, si mis votos son oídos, trocaréis esta morada por el palacio de San Juan de Letran. Pienso que esta es la intencion de mi hijo.

—Ayer todavía nos ocultábamos en las catacumbas, y hoy nos dais palacios! dijo el Pontifi-

ce sonriendo; mas en cualquier lugar que se halle la Iglesia de Jesucristo, allí estará con ella la cruz. ¡Dios sea con Vos, Señora, y con Vos tambien, noble doncella que el Señor ha amado y escogido! No os olvidaremos en nuestras oraciones.

XIV.

UNA NUBE.

La persecucion se asemejaba á esos Ángeles terribles que en el último dia apartarán la zizaña que encuentren en el campo del Padre de Familias, y reuniendo el buen grano lo llevarán á los trojes celestiales. Á imitacion de ellos, alejaba de los divinos misterios á las almas débiles y corrompidas, é imprimia el sello del cristianismo en las frentes que debian ceñir corona real, en las frentes humilladas ante Dios, y erguidas ante los tiranos y los jueces. Pero cuando hubieron pasado los malos dias, cuando la cruz fué públicamente adorada, cuando el señor de cincuenta millones de hombres se proclamó cristiano, un enjambre de almas venales invadió los pórticos de la Iglesia, que parecian entonces el camino de la fortuna y de los honores.

Constantino se veia rodeado de un gran número de esos cristianos dudosos, y mas aun Fausta. Esta mujer no habia hecho acto de fe hasta ver el triunfo de la Iglesia; la hija del brutal perseguidor de los cristianos no habia recibido la gracia del martirio,

Segunda esposa de Constantino, érale muy querida por su belleza, persistente aun en el estio de su vida; por el eminente servicio que le habia prestado y por el hijo que de su union con ella habia tenido. Fausta por su parte mostraba á su marido una gran deferencia; parecia sobre todo ocupada en la educacion de sus hijos, y los obispos y las matronas admiraban sus virtudes, su prudencia su liberalidad, y se pasmaban solamente del lujo que la rodeaba. Literas, caballos, muebles de oro y plata, perlas, numerosos esclavos, parecia ser lo único que la asemejaba á las emperatrices paganas; sin embargo, la ambiciosa Livia hubiera podido reconocerse bajo los rasgos de la severa Fausta. Constantino no veia esta siniestra semejanza, y su mujer, rodeada de los tres hijos que le habia dado, crecia cada dia un grado mas en su amor y confianza,

Aun en medio de los cuidados del Imperio y de las preocupaciones del porvenir, Constantino se complacia viendo con sus propios ojos los es-

tudios y progresos de sus hijos, y á menudo se encontraba con su esposa en la biblioteca donde los príncipes se instruian en las ciencias bajo la direccion de un griego llamado Diomedes, que era además secretario de la Emperatriz, y se habia captado la simpatía de toda la familia imperial por sus finos modales, por la dulzura de su caracter y por su espíritu de adulacion.

Era cristiano, pero nunca se notaba su presencia en las iglesias ni en las reuniones de los fieles; y los que le conocian de antiguo, los que recordaban su juventud, no ignoraban que á la edad de veinte años, lleno de ardor y de jactancia, desafiando los tribunales y los tormentos, y burlandose de la prudencia evangélica que no quiere que se busque el peligro, despues de varios discursos poco meditados habíase visto citado ante el juez. Su presencia de ánimo fué al principio muy firme, confesó altamente su fe, y hasta resistió una primera prueba; mas de improviso sintióse desfallecer, declaróse vencido, tomó el incienso y lo quemó á los piés de Júpiter... ¿Habia leído Dios en el fondo de aquella alma un secreto orgullo que no quiso coronar con el martirio y la victoria?... Muchos cristianos habian, como Diomedes, flaqueado bajo el hierro y el fuego de los ejecutores, pero casi todos arrepentidos y llenos de confusion, habian pedido gracia á la Iglesia, y llevando la ceniza y el cilicio de los penitentes esperaban la reconciliación. Diomedes no se contaba en su número; continuaba en su extravio, sin confesion, sin arrepentimiento, y todos temian que, expulsado por su cobarde desercion del seno de la Iglesia, se inclinase á la herejía de Arrio, que comenzaba a llenar el Oriente de desórdenes y de errores.

Los grandes saben raras veces la verdad entera, y Constantino lo mismo que Fausta, solo veian en Diomedes al hombre instruido, hábil y complaciente.

(Continuará.)

MATILDE BOURDON.

LOS ENEMIGOS DE LA VÍRGEN.

(HISTÓRICO.)

Habia en los Pirineos un sábio y digno médico llamado el Dr. F. Ignoro si existe aún: pero de su boca he oído, como otros, el siguiente suceso.

El Dr. F. vió llegar (creo que era en Aguas-Buenas) un hombre que tenia en la pierna una herida causada por una bala de fusil. La herida, ya antigua, ofrecia un carácter particular, pues en ella se formaban gusanos. El Dr. intentó hacer desaparecer aquellos insectos roedores, pero todos los medios fueron infructuosos. Por fin, un día le dijo aquel hombre:

—Doctor, basta ya: no os canseis mas; debo morir con esta horrible incomodidad.

—En efecto, contestó el médico; hay aquí algo de extraordinario. Aunque soy viejo y se me han presentado muchos casos sorprendentes, nunca habia visto cosa como esta!

Y por vigésima vez preguntó al enfermo:

—Pero ¿en dónde recibisteis esta herida?

—Ya os lo dije; en España: pero lo que no sabeis es por qué no me curaré, y quiero al fin explicároslo.

Y con voz algo conmovida hizo la siguiente narracion:

—Tenia yo veinte años, y estábamos en 1793, cuando me ví obligado á alistarme en un cuerpo de ejército que la Convencion enviaba á España. Conmigo venian otros dos de mi pueblo: Francisco y Tomas. Los tres teníamos las ideas de aquel tiempo; éramos incrédulos ó mas bien impíos; como tres títeres que se jactan de seguir la moda,

El camino fué muy alegre y divertido. Atravesando un pueblo de la montaña, vimos una estatua de la Virgen, tan venerada, que á pesar de la Revolucion y de los revolucionarios habia permanecido intacta sobre su pedestal en la puerta de la iglesia. Uno de mis camaradas tuvo el infeliz pensamiento de ultrajar aquella imagen, como un gran argumento contra «la supersticion de la gente del campo.» Llevábamos nuestro fusil, y Tomás propuso tirar á la imagen. Francisco acogió la propuesta con una carcajada. Yo, temiendo aparecer menos atrevido que mis compañeros, traté de disuadirles de una accion que me estremecia. Acordéme de mi madre... Riéronse de mí. La bala dió en la frente de la imagen. Francisco tiró á su vez, y le tocó en el pecho.

—«Ahora tú,» me dijeron.

No atreviéndome á resistir, apunté con mano trémula, cerré involuntariamente los ojos, y disparé, tocando á la imagen...

—¿En la pierna?—dijo el médico.

—Si, en la rodilla, en el mismo lugar de mi herida! Ved si tengo motivos para decir que no curaré. Despues de esta hazaña, nos dispusimos á continuar nuestro cami-

no. Una vieja, que nos habia visto, dijo: «Vais á la guerra, y lo que acabais de hacer no os dará buena suerte.» Tomás la amenazó, nuestra fechoria me tenia consternado; y Francisco, aunque menos impresionado que yo, no estaba dispuesto á jactarse de ella. Impedimos á nuestro compañero soltar la rienda á su enojo, y concluimos malamente la jornada, no sin habernos incomodado mas de una vez.

Aquella misma tarde nos incorporámos á nuestro regimiento, y pocos dias despues tuvimos un encuentro con el enemigo. Confieso que iba al fuego muy poco dispuesto y que no podia apartar de mi memoria la estatua de la Virgen. Sin embargo, todo marchó bien. Conseguimos una señalada ventaja sobre el enemigo! y Tomás se distinguió mucho. Habia concluido la accion; el enemigo iba en derrota. y el coronel vino á detener nuestra persecucion, cuando resonó un disparo salido de una roca y que parecia descender del cielo. Tomás giró sobre sí mismo y cayó de rostro en tierra. Francisco y yo nos apresurámos á levantarle, pero era cadáver. El proyectil le habia penetrado en mitad de la frente, entre ceja y ceja, en el mismo lugar en que su bala habia tocado, pocos dias antes, á la imagen. Ambos nos miramos sin proferir una palabra y mas pálidos que la muerte.

En el vivac, Francisco situóse cerca de mí, y apenas pudo pegar los ojos. Yo esperaba una ocasion para aconsejarle que orásemos; pero guardé silencio, y no me atreví á hablarle del pensamiento fijo que ahuyentaba nuestro sueño.

Al dia siguiente volvió el enemigo á presentarse, algo reforzado; y apenas le vimos, Francisco, apretándome la mano, me dijo:

—Hoy me toca á mí... ¡Dichoso tú que apuntaste mal! No se engañaba el desgraciado.

Esta vez fuimos rechazados. Rato hacia que nos batíamos en retirada. Francisco estaba líseo, como yo.

¡Vana esperanza! Parte un disparo de una zanja en la que yacia un español herido mortalmente, y Francisco cae con el pecho atravesado de parte á parte.

¡Ah! Doctor que muerte! Revolcábase por tierra piñiendo un sacerdote: los que estaban cerca de él se encogieron de hombros, y espiró.

Desde aquel momento, tuve la conviccion de que no tardaria en llegar mi turno, y resolví confesar mi sacrilegio al primer sacerdote que encontrase. Por desgracia, no encontraba ninguno. Sin embargo, habiendo pasado muchas ocasiones sin incidente alguno, poco á poco cesaron mis temores, y con ellos mis buenas resoluciones.

Á mi regreso á Francia, tenia yo un grado, y no pensaba ya ni en mi crimen, ni en mi castigo. Todo se renovó en la frontera, á una jornada de marcha de aquel pueblo de triste memoria. Por un accidente inexplica-

ble, un tiro de fusil salió de nuestras filas me hirió aquí donde veis. Así se cumplió la profecía de aquella mujer, cuyas palabras me parece oír todavía.

No obstante, mi herida no ofrecía á primera vista gravedad alguna. Según el cirujano, bastarían para curarme algunos días de permanencia en el hospital. Su sorpresa fué grande, é igualó á mi espanto, cuando vió engendrarse en la herida estos imperecederos gusanos que han desconcertado vuestro saber.

Hace veinte años que tengo esta herida, probando todos los remedios y hallándolos impotentes. Pero aunque pido á Dios la gracia de curarme, invocando su misericordia no debo quejarme. Esta herida ha sido un remedio para muchas almas, sobre todo para la mía. Estoy cierto que si llego al fin de mis días cristiano y penitente lo deberé á mi terrible herida. Entonces me vanagloriaré de mi mal; pues, aunque desespere de mi curación, no dudo alcanzar misericordia, y espero firmemente morir en la gracia de Dios por intercesión de Aquella á quien ultrajé.

LUIS VEUILLLOT.

HUMILDE INFANCIA DEL PAPA SAN PIO V.

En el mes de Octubre de 1513 dos religiosos Dominicos, uno entrado en años y otro de menos edad, iban de camino por la alta Italia. Habiendo encontrado á un pastorcito: «Observad á este niño,—dijo el joven religioso al anciano.

—¿Como te llamas? le preguntó el reverendo padre prior.

—Miguel.

—En un gran santo, hijo mío; ¿le conoces? Sin duda será un sabio é ilustre obispo.

—¡Oh! no, padre; mi patron san Miguel es un arcángel y el jefe de los ángeles. Cuando Lucifer, el primero de los espíritus celestiales, se reveló arrastrando ¡ay! en su caída á multitud de compañeros suyos, san Miguel exclamó: «¿Quién como Dios?» y con los ángeles buenos echó á los malos del paraíso y los precipitó al infierno.

—¿Es tu párroco quien te ha enseñado todo eso?

—No, señor, está enfermo y ya no puede predicar.

—¿De quien, pues, lo has aprendido, toda vez que aun no sabrás leer?

—¡Oh! sí, señor; mi madre me ha explicado muchas cosas y me hace leer por la noche, cuando mis ovejas están en el redil: y entre otras historias me ha referido la de san Miguel. También sé escribir.

—Tu madre es muy instruida. ¿Como se llama?

—Lleva el nombre de vuestro santo Fundador: Domingo.

—¡Ah! por lo visto conoces á santo Domingo y á sus religiosos.

—Sí, por que uno de ellos que predicó en nuestra iglesia me contó su historia y me dió este rosario, enseñándome á rezarlo.

—¿Y lo recitas todos los días?

—Sí, señor, meditando al mismo tiempo los misterios de gozo, de dolor y de gloria. Aquel buen padre me dijo que, si perseveraba y podía aprender el latín, llegaría á ser fraile predicador.

—¿Y aprendes ya el latín?

—No, padre: me lo impide la falta de recursos. Con Dios, padre mío: tengo que dejarlos, pues mi rebaño abusa de mi ausencia.

Semejante encuentro inspiró á los dos religiosos la idea de establecer cerca de su monasterio de Voghera una especie de escuela apostólica, un asilo para los niños pobres, cuya inteligencia y piedad prometieran felices resultados.

La escuela fué fundada en la primavera siguiente. El mas joven de los dos mencionados religiosos visitó al enfermo parvoco de Bosvo.

—¿Conoce V... le preguntó, á un tierno pastorcito de su parroquia que se llama Miguel?

—Es mi monaguillo, respondió el respetable anciano, y su madre una santa mujer que comulga cada vez que puedo celebrar la misa.

—Conocemos un poco á ese niño, y quisiéramos hacerle fraile predicador.

—Difícil es el empeño, pues sus padres son pobres desterrados venidos de Bolonia. El niño Miguel es su hijo único y su solo sostén. Está destinado, de consiguiente, á ser labrador y no fraile.

—Permítame V. le diga, señor cura, que abrigo las mayores esperanzas respecto á este niño. He venido aquí rezando el Rosario por él, consto lograr la conquista del aprovechado pastorcito.

—En tal caso puede V. entenderse directamente con la familia Ghieleri.

El jefe de esta dio su consentimiento al buen religioso.

Nuestro Miguel fué á estudiar entre los Dominicos de Voghera, cuyo hábito vistió á la edad de quince años, siendo ordenado sacerdote á los veinte y tres. Enseñó durante diez y seis años, y fué maestro de novicios y prior en muchas casas de la Orden.

En 1556 el Papa Paulo IV le nombró obispo de Nepi y Sutri, y en el siguiente año le hizo cardenal. Habiendo muerto su sucesor Pio IV en 1565, san Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, hizo dar todos los sufragios al cardenal Ghieleri, que gobernó siete años la Iglesia con sabiduría y gloria, mereciendo por sus virtudes y milagros ser colocado en el número de los santos, honrados con culto público. Su fiesta se celebra el 5 de Mayo bajo el nombre de san Pio V. Por su actividad y desvelos, la cristiandad alcanzó sobre los turcos la famosa victoria naval de Lepanto en 1571.

¿Cuántas lumbreras de la Religión y de la ciencia salieron de la oscuridad, merced á la ilustrada protección de las tan calumniadas Órdenes religiosas!

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Cuando uno de sus mismos filósofos, Juan Jacobo Rousseau dice hablando del duelo, «Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion bárbara que pone en la punta de una espada todas las virtudes, capaz solo de producir malvados valientes.... Una academia de esgrima es entonces el primer tribunal de justicia, y no hay por él mas derecho que la fuerza, ni mas razon que el asesinato».

—Por fortuna, señora, dijo Julian el mayordomo, esas costumbres solo existen en las grandes ciudades, entre la alta clase de la sociedad y no en las aldeas pobres: así nosotros....

—Síes verdad, pero tambien en los pueblos pequeños, es lo comun y mas corriente, que traven riñas, que muevan pendencias, por la cosa mas sencilla, y hasta que vengan á las manos por una palabra, por un ademan, por cualquier cosa que nada vale.

Rara es, muy rara, la fiesta ó solemnidad de una aldea, que no acabe con disputas, con querellas y hasta con sangre; ofendiendo de este modo á Dios, y menospreciando sus mas divinos mandatos. Ay! amigos míos! ¿y creis que no es igual la desgracia, en esos tristísimos casos, para el vencedor como para el vencido? La justicia del cielo se manifiesta siempre, y á veces por cosas milagrosas y extraordinaria; de modo, que jamás queda oculto un crimen,

—Oh! eso es muy sabido, señora, dijo Petra, eso es muy sabido. Por muy oculta que se haga una cosa, no se como, pero siempre se descubre.

—Por que Dios escribe en la conciencia del culpado, la memoria constante de su crimen. Ya sabeis que Cain, el primer homicida, tuvo una vida errante y triste y dolorosa. Ya sabeis, que dominado por el temor y viendo siempre fija sobre él una mirada brillante y tenaz y acusadora, intentó ocultarse un dia en lo mas recóndito de su morada, pidiendo á sus hijos que cerrasen todas las puertas, que cubriesen todos los huecos, que tapasen en fin, todos los claros por donde pudiera penetrar la luz, creyendo de este modo librarse de aquella mirada irresistible que leia sus pensamientos y analizaba sus acciones.

—Sigue, abuelita, dijo Julieta interesada, sigue, yo jamás habia oido contar eso. ¿Qué sucedió cuando Cain cerró todas las puertas y se escondió de esa manera?

—Que alli, en medio de la oscuridad, en medio de la sombra, vio brillar mas clara, mas luciente, mas ater-

radora, aquella mirada que tanto le asombraba por que era, hija mia, el ojo de la Providencia el que así estaba siempre fijo sobre él, brillando su luz en las tinieblas de su conciencia.

—Ay! que miedo, abuelita;

—Terroros sin cuento cercan de continuo las horas del criminal, hija mia; y aún pudiera referirte otros hechos mas terribles aun.

—Ay! cuéntalo, cuéntalo, mi buena mamá, dijo Adolfo, acercándose á la Marquesa, y tomando su mano con cariño, ya sabes lo que nos gusta oír lo que nos refieres.

—Divagámos asi tanto, que temo, hijo mio, cansaros á todos.

—Oh! no, no: se apresuraron á decir la mayor parte de los que allí se encontraban.

—Entonces escuchad. Vivía hace mucho tiempo en Salamanca un buen sacerdote anciano y virtuoso, muy pobre, pero tan caritativo, que en su casa hallaba siempre consuelo el triste y necesitado.

Un dia nublado y lluvioso, que volvía de haber cumplido los sagrados deberes de su ministerio, se encontró en medio de la calle, transido de frio y muerto de hambre, á un muchacho que podría tener á lo sumo diez y seis años. Al ver el aspecto del buen sacerdote se acercó á él y le pidió que le favoreciese, pues su necesidad era extremada.

—Quién eres? le preguntó el ministro de Dios, ¿y cual es la causa de tu miseria?

—Soy, contestó el muchacho, un pobre jóven á quien sus padres han mandado á cursar el latin en esta universidad, y que falto de recursos, llevo dos dias sin alimento y sin albergue.

—Mas, como es eso?

—Mis padres son pobres, no me han podido mandar la corta mesada que me señalaron, y he sido arrojado de la casa en que estaba, donde si no pago lo que adeudo, no me quieren volver á admitir.

Convencido el anciano con aquellas razones, y compadecido del que las exponía, le invitó á seguirle, y le condujo á su casa, donde le dió comida para que repusiese sus fuerzas y lecho en que pudiera descansar.

Martin, que así se llamaba el socorrido, manifestó su gratitud de una manera tan sentida, que el buen anciano quedóse prendado de él, y quiso llevar adelante su buena obra y no abandonar mas á aquél desgraciado jóven.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia